

de hacer una obra de propaganda en favor de los soviéticos. Pero, a pesar de esto, *El Séptimo Camarada* es un libro duro, trágico, denso y de alto valor artístico, aspecto por el cual debemos elogiarlo sin reservas.—A. T.



UNA OBRA SOBRE LA SITUACIÓN EN EL ORIENTE

Henry Hall, en una obra interesantísima, titulada «La guerra en el Extremo Oriente», hace un estudio detallado y completo de la penetración imperialista en el territorio chino, desde su comienzo, o sea, desde la segunda mitad del siglo diecinueve hasta la época presente, en que la lucha por la posesión de la Manchuria se ha agudizado en forma alarmante para la paz universal.

Manchuria—dice Henry Hall—consiste de las tres provincias noroestes de China: Tengtien, Kirin y Heilunghien; en su mayor parte es una vasta planicie ondulante, cuya tierra fértil sirve para el cultivo del trigo, mijo, maíz, cebada y legumbres; pero más importantes son, económicamente, las montañas que franquean Manchuria en el este y el oeste. Son ricas en madera y contienen valiosos depósitos de hierro y carbón. Estas montañas, sobre todo las del este, cerca del borde manchuriano, son muy codiciadas por potencias extranjeras. En el sur, Manchuria toca al mar. Aquí sobresale la provincia de Liaotung, bien dentro del golfo de Pechili, ofreciendo una salida para los productos agrícolas manchurianos, para el hierro, el carbón y la madera. Hay, allí, dos puertos excelentes: Dailen y Puerto Arturo, ambos libres del hielo todo el año y, por tanto, de gran importancia estratégica. Al este y al sur de Manchuria está Corea, y al este de Corea, al otro lado del mar del Japón, está el Japón, la única nación industrializada del Oriente. Al norte de Manchuria, están

las vastas planicies siberianas absorbidas por el imperio ruso en su marcha hacia el este».

Como puede verse, la Manchuria es un territorio riquísimo y muy codiciado por diferentes potencias extranjeras, entre las que han sobresalido la Rusia de los zares y el Japón, y, ahora último, los Estados Unidos, que empezó a preocuparse a fines del siglo pasado, en 1889, y que, desde entonces acá, ha tenido una ingerencia absorbente en todo lo relacionado con Manchuria, junto con el Japón, sobre todo en estos últimos años, o sea, a raíz de la Guerra Europea, cuando Estados Unidos comenzó a extender formidablemente su capacidad de dominio como nación imperialista.

«La intervención americana—continúa Henry Hall— en la disputa manchuriana, revela una nueva tendencia en la política extranjera norteamericana. Revela la intención deliberada de los Estados Unidos de fortalecer el Pacto Kellog, como un arma en la lucha por la dominación del mundo. Los Estados Unidos, no son miembros de la Liga de las Naciones, que está controlada por Francia e Inglaterra. En oposición a la Liga, los Estados Unidos, tienen que crear un instrumento político internacional, que ellos puedan manipular. La necesidad de esta política se acentúa según se hace más agudo el conflicto entre Estados Unidos y sus rivales imperialistas».

Las primeras tentativas serias de Estados Unidos para penetrar en Manchuria, datan de 1905, más o menos, cuando el magnate ferroviario norteamericano F. N. Harriman, apoyado por sus banqueros Kuhn, Loeb and Co., pretendió controlar el ferrocarril de la Manchuria del sur. Harriman había cooperado financieramente al Japón en la guerra que éste sostuvo con Rusia en ese mismo año, logrando alcanzar un acuerdo preliminar con los representantes del Japón, con el objeto de instaurar la controlación del sur de Manchuria. Pero el Japón, temiendo la ingerencia norteamericana en la Manchuria, destruyó esta tentativa, que tenía grandes proporciones, pues Harriman pretendía

llegar a un acuerdo con el Transiberiano, para unir este ferrocarril con el manchuriano y, a la vez, con el transcontinental, de propiedad de Harriman, por medio de un sistema de barcos a través del Pacífico y del Báltico con el Atlántico, estableciendo, así, una vasta red de transportes alrededor del mundo. Destruído por los japoneses el plan de Harriman, todavía éste intentó comprar el ferrocarril perteneciente al Gobierno de los zares y ubicado en el este chino, pero también sin éxito.

No obstante todos estos fracasos, Harriman quiso llevar a la práctica la idea de un ferrocarril propio, y, en 1909, obtuvo el permiso necesario, de China, para construir una red ferroviaria que uniría Chinchow, en la costa sur de Manchuria, con Aigun en la frontera rusa.

«Fué este proyectado ferrocarril — manifiesta Hall — lo que Philander C. Knox, entonces secretario de Estado, intentó utilizar como un instrumento de uno de los más ambiciosos planes de la diplomacia norteamericana. Hablando en nombre de los banqueros norteamericanos, Knox, propuso que China adquiriera dinero prestado de las principales potencias para comprar todos los ferrocarriles extranjeros en Manchuria. Propuso que, representantes de los Poderes, supervigilaran los ferrocarriles durante el término del empréstito. Este proyecto, para arrebatarse los ferrocarriles manchurianos a los japoneses y a los rusos y entregárselos a los banqueros norteamericanos e ingleses, se planteó bajo el eufónico nombre de «neutralización». Rusia y Japón decidieron que las bellas palabras eran verdaderamente amables, pero los ferrocarriles eran los ferrocarriles. El Gobierno zarista rechazó terminantemente el proyecto Knox, declarando que «el establecimiento de la administración y el control internacional de los ferrocarriles manchurianos lesionaría seriamente los intereses rusos», y que el proyectado ferrocarril Chinchow-Aigun, tenía visible «estratégica y política», importancia que hería los intereses del este manchuriano. La protesta del Japón fué igualmente fuerte».

Todo esto obligó a Estados Unidos a no poder realizar el proyectado ferrocarril y al abandono del plan Knox, o sea, la neutralización, pero sólo en forma temporal, ya que es demasiado sabido que la base de toda la política norteamericana en China como, a veces, en Sudamérica—el caso de Panamá es ejemplar— es la neutralización. Consiguiendo ésta, el dominio de Norteamérica sobre la parte neutralizada es indiscutible.

Estas tentativas persistentes de los Estados Unidos para conseguir su penetración en la Manchuria, obligaron a Rusia y al Japón, que en 1905 habían sostenido una guerra, a efectuar una «alianza virtual», oponiendo ambas potencias un frente a las tentativas de Harrimán y al plan de «neutralización». Una de las partes más importantes de esta alianza fué el reconocimiento por el lado de Rusia del sur de Manchuria «como una esfera de influencia japonesa», y por el lado del Japón, el reconocimiento del norte del mismo territorio, «como una esfera de influencia rusa».

El Japón, después de esta alianza, extendió notablemente su influencia en el territorio manchuriano, obteniendo importantes concesiones mineras y madereras, además del control de diversas redes de ferrocarriles muy importantes, y, en 1915, mientras las potencias europeas se encontraban envueltas en la más sangrienta guerra que recuerda la historia, el Gobierno japonés mandó un ultimátum al Gobierno chino, pidiendo, entre otras cosas, el derecho de comprar tierras en el sur de Manchuria, una opción a todas las construcciones de ferrocarriles y empréstitos en el sur de Manchuria, y un contrato de alquiler por noventa y nueve años de Puerto Arturo y Dairen. China resistió cuatro meses. Luego, cuando el Japón amenazó con la guerra, concedió las demandas japonesas en tratados firmados el 25 de Mayo de 1915.

Es, después de la Guerra Europea, cuando Estados Unidos logra introducirse definitivamente en la China, naciendo, entonces, la rivalidad norteamericana-japonesa, ya que el Japón era la potencia que más interés tenía por el territorio chino, hablándose

hasta de una posibilidad de guerra entre ambos países. Aun más: cierto sector numeroso de la prensa norteamericana, pedía una guerra contra el Japón. Tanto éste como Estados Unidos, empezaron grandes planes de construcciones navales, terminándose esta situación sólo en la Conferencia de Washington de 1921-1922 y después de comprender el Gobierno del Japón que era incapaz de rivalizar en la construcción naval con los norteamericanos, viéndose obligado, además, a aceptar la política de los Estados Unidos en Manchuria, o sea, evacuar la Siberia y reconocer los principios de la «puerta abierta» con respecto a Manchuria y a las demás partes de China.

Por otro lado, mientras las potencias extranjeras se repartían el territorio chino, la China iniciaba negociaciones con la URSS, las que culminaron con el tratado firmado el 31 de mayo de 1924, en el que la URSS abandonaba todos sus privilegios en China. Sin embargo, las relaciones entre ambos países, aunque oficialmente amigables, eran, en realidad, tirantes muy a menudo, hasta que culminaron resueltamente hostiles en 1929, cuando tropas chinas se apoderaron de la red ferroviaria del este. Además, la intervención de las potencias extranjeras hizo más crítica la situación, creyéndose posible el desencadenamiento de una nueva guerra mundial.



UNA TRADUCCIÓN DE «LA VORÁGINE»

El escritor Georges Pillement, ha vertido al francés la obra célebre de José Eustacio Rivera, «La Vorágine». Pero hay un hecho singular que ha provocado comentarios de todo género. Los lectores españoles, para conocer la novela de las caucherías colombianas, han debido valerse de la traducción francesa... España conoce apenas las creaciones de sus herederos de América

y, como siempre, la obra literaria de este continente llega tarde a la zona de influencia del meridiano intelectual, que pasa por Madrid. No sé si a estas horas, se habrá empezado ya la confección de una tirada en español. Como quiera que sea, y salvo contadas excepciones, los libros americanos carecen de mercado en la Península. Uno de los libros que escapa a esta regla, es la novela de Rómulo Gallegos, «Doña Bárbara», de la que se tiraron, según noticias, más o menos veinte mil ejemplares. Es un récord si se toma en cuenta que los libros españoles no han tenido nunca ediciones muy superiores a esta cifra. «Doña Bárbara», mereció homenajes de buena calidad, y casi todas las ediciones posteriores de Gallegos han sido hechas en Barcelona.

El escritor americano, que vive en España, o que pasa por Madrid, puede conseguir que sus libros se editen en alguna casa de publicidad de nombradía. Los que viven en América están condenados al largo e irrompible silencio que rodea siempre todo libro de estirpe americana. El catedrático español, Sainz Rodríguez que visitó Chile hará cosa de tres años, manifestó aquí, no se sabe si porque era huésped o por galantería, que en España comenzaba a advertirse un gran interés por las novelas de América. Han pasado los días, los meses y los años y aquel interés no se ha manifestado, sino en casos excepcionales. Desde luego lo ocurrido con «La Vorágine» es ya un síntoma. Es cierto que hay una crisis del libro, y casas editoras que quisieron abrir mercado en América hubieron de liquidar sus negocios. Pero hay obras artísticas fundamentales que no son conocidas en España, y uno no logra explicarse la contradicción entre este interés de España por América, y la atonía que la invade con respecto a buenos libros americanos. Si el alma española dejó aquí tan hondas huellas y fué la generadora de estas nacionalidades agresivas y revolucionarias, lo justo sería que quisiera conocer a través del libro de creación, la línea de progreso y también de tragedia que ha seguido el continente en el siglo o más que lleva de independencia. La novela de ambiente ha surgido como una

voz patética de la tierra americana; con un acento vigoroso y fresco de zona virgen. Cualquier país de América hispana, se enorgullece con algunas creaciones novelescas en las que hay no sólo calidad artística, sino vibraciones y grandeza, pasión y colorido. ¿Para qué citarlas? Se las conoce ya de sobra.

Poniendo de lado consideraciones estéticas, sería hasta un negocio para los libreros españoles la edición de obras americanas. Porque la novela española no cuenta hoy como ayer, con grandes nombres y el terreno de la creación está ya un poco cansado. Se suceden los mismos conflictos, casi los mismos personajes y ambientes y esa naturaleza domesticada, no permite, como la de América, la exaltación al plano novelesco de recias figuras humanas. América, en cambio, las posee, no sólo en su historia, sino en la violencia de sus días presentes. En América la decoración, el medio, la fuerza desordenada de su naturaleza, dan vida a personajes que no pueden crecer, sino por otras condiciones, en los medios europeos. Francia ha entendido mejor este problema y sus editores han sabido elegir, bien que muy lentamente, algunos libros que a ellos, sin duda, parecerán exóticos, pero que ayudan a comprender este vasto y trágico sentido de la vida americana.

España, vinculada por tantos motivos a los países hispanoamericanos, aun no ha podido vincularse en la única forma perdurable y profunda que crea la verdadera comprensión y el verdadero entendimiento: Por la penetración artística de América en la Península.—D. M.



DUQUE, novela por *J. Diez Canseco*.

¿Es la aristocracia limeña la que el novelista peruano José Canseco pinta en su novela «Duque» (1), que una editorial chi-

(1) Editorial «Ercilla», (Santiago, 1934).